Luis Guillermo Lumbreras

Max Uhle y la tradición de investigación arqueológica en el Perú

Resumen: Se perfila la relevancia de las orientaciones básicas de Max Uhle las que éste había adquirido durante su formación y praxis temprana profesionales, dentro de las corrientes intelectuales y dentro de las condiciones socio-económicas globales de su tiempo, y las que le guiaban en sus analisis e interpretaciones de los "hechos arqueológicos", los datos procedentes de sus excavaciones y sondeos, así como dentro de sus estudios comparativos y sintéticos. Limitándose a la época de sus actividades en el Perú, se trata de llegar a un análisis estructurado y crítico de sus premisas, principios y procedimientos teórico-metodológicos, contrastado con sus resultados empíricos y con la cuestión de las influencias y la vigencia posteriores de su obra.

Summary: This contribution emphasizes the importance of Max Uhle's "basic line of thought" which he adopted during his education and early professional years, being influenced by the intellectual trends and the general socio-economic conditions in his days. This "basic line of thought" determined fundamentally his analysis and interpretation of the "archaeological realities", the data he gained from excavations and archaeological surveys, as well as his comparative and summarizing studies. Focussing only on Uhle's activities in Peru this critical analysis will explain his theoretical and methodological premises and principles as well as his methods. In addition it will compare these with results of his empirical studies discussing the value of Uhle's work for todays scholars' investigations.

Resulta difícil, por decir lo menos, ocuparse de la obra de Uhle sobre el Perú, cuando ya existe una generosa literatura al respecto, especialmente el estudio crítico que preparó en 1954 el Dr. John Howland Rowe, hace cuarenta años, y que tanto él como otros estudiosos han enriquecido en todo este tiempo; por tanto, lo que he preparado son sólo reflexiones, más bien personales, sobre el pensamiento de Uhle y lo que éste aportó a la formación de la arqueología del Perú.[1]

---

[1] En Dresde se leyó un texto ligeramente resumido de estas reflexiones; además, para esta versión final, se han incorporado, con su autorización, algunos comentarios hechos por el Dr. John H. Rowe en su ponencia de Dresde, sobre los procedimientos de Uhle en la

Max Uhle llegó a Sudamérica en la última década del siglo pasado, cuando se estaban dando los primeros pasos en la arqueología, tanto en el Perú como en el resto de América. El estudio de los objetos arqueológicos estaba aún en la etapa de tránsito de la contemplación artística o exótica de los monumentos y las artesanías, hacia su integración como testimonios de la historia. Habían antecedido a Uhle algunos viajeros e intelectuales, desde el siglo XVIII, muchos de ellos para hacer colecciones etnográficas para museos europeos, como el francés Louis de Feuillée, quien excavó en Ilo y Arequipa, o Charles Wiener, que recorrió el Perú y Bolivia a mediados del siglo XIX con ese objeto. Algunos intelectuales peruanos, como el médico Hipólito Unánue y luego el naturalista Mariano Eduardo de Rivero, a comienzos del XIX, se empeñaron en destacar la importancia de los monumentos en el estudio de la antigüedad peruana.[2]

Algunos intelectuales con mayor preparación arqueológica previa, como el norteamericano Ephraim George Squier, que ya había intervenido en el debate sobre los monumentos del Mississippi y América Central, o el médico alemán Ernst W. Middendorf, especialmente interesado en las lenguas andinas, recorrieron el país en busca de testimonios sobre la complejidad e historia de las antiguas poblaciones aborígenes. Squier, partidario de las hipótesis sobre la unidad psíquica de la especie humana, hizo una formulación evolucionista anunciando antecedencias basadas en observaciones de los restos arqueológicos; Middendorf, aunque no era arqueólogo, se ocupaba también de pronosticar tales precedencias frente a los inkas, que eran prácticamente la única etapa conocida gracias a las fuentes escritas. Desde luego, aun no es posible decir que todo eso era arqueología, en términos sistemáticos, pero sin duda eran avances en esa dirección. Los geólogos Reiss y Stübel habían ya hecho excavaciones en los cementerios de Ancón, cuyos resultados se habían publicado extensamente en Alemania, en tres volúmenes en alemán y en inglés, en la década del 80.[3] Asimismo, en Bolivia, Uhle encontró a A. Bandelier, un arqueólogo que tenía similares intereses a los suyos. De modo que si bien no fue el primero en abordar los testimonios materiales como evidencia histórica, pues habían otros que tenían las mismas preocupaciones, especialmente en la segunda mitad del siglo XIX, su trabajo, por extensión y profundidad, debe ser considerado como el aporte fundacional de una historia del Perú hecha a base de datos arqueológicos.

---

aplicación del principio de superposición, así como un examen muy ligero de los manuscritos de Uhle en el Ibero-Amerikanisches Institut de Berlín.

[2] Wiener (1880), Rivero y Tschudi (1851), Squier (1877), Middendorf (1893-95).

[3] Johann Wilhelm Reiss y M. Alphons Stübel, 1880 - 1887. Estas excavaciones se hicieron en ocasión de un lapso de descanso que tuvieron estos geólogos, cuando se estaba construyendo la linea del ferrocarril de Ancón.

Uhle llegó primero a la Argentina, luego a Bolivia y el Perú, con un encargo similar al de sus antecesores, que consistía en hacer colecciones para los museos europeos, que estaban fuertemente presionados por la vocación ecuménica de la Europa expansiva capitalista, que intentaba entender y justificar la magnitud de sus avances y el papel que se proponía tener en las relaciones económicas y políticas mundiales, que entre el XVIII y XIX, como producto de la Revolución Industrial, tuvieron que ser reformuladas en todos sus alcances. Las grandes ciudades afectadas por la nueva era capitalista, especialmente las de Francia, Alemania e Inglaterra, y en escala ascendente las de Estados Unidos, se vieron impelidas a crear museos de ciencias naturales e historia, en medio de un discurso originado en el período de la Ilustración, con proyecciones positivistas. Estos museos debían tener una proyección mundial y abordar los temas del hombre más allá de la esfera exclusivamente europea, para entender la ubicación de Europa en el contexto universal. La noción de "progreso" que se puso en el centro del proyecto expansivo de la industria y el comercio de Europa y Norteamérica, permitía conceder un papel fundamental a sus museos, dado que en ellos se podía mostrar objetivamente la ubicación de estos paises en la evolución histórica del ser humano, legitimando su vocación expansiva y la "repartición" del mundo colonial, que en este tiempo adquiere su comportamiento contemporáneo. Es pues obvio que por estas causas, los trabajos arqueológicos y las investigaciones ligadas a la "historia natural y cultural" del mundo, se organicen en torno a la posibilidad de disponer de materiales para los museos de las grandes "capitales del progreso", con financiamiento de los empresarios exitosos más bien que de los gobiernos o Estados.

Por tal razón, por causas derivadas en gran parte por las fuentes de financiamiento de sus estudios, y por el signo de su tiempo, todas las investigaciones de Uhle en el Perú estuvieron asociadas al acopio de colecciones para museos: primero Berlín, luego Pennsylvania y California, de los Estados Unidos. Finalmente, sus últimos trabajos en el Perú, entre 1906 y 1911, se hicieron en torno a la vieja idea de formar un Museo Nacional del Perú, para el que Uhle debía formar colecciones.

Desde luego, la idea del museo peruano no era la misma que orientaba el interés por los museos europeos o norteamericanos, sino por su contrario: afirmar el carácter nacional autónomo de un pais que se proponía dejar de ser colonial. La idea de tener un Museo nacional surgió con la lucha por la independencia de España y si bien aparece en el discurso inicial independentista, en 1821, no se puso en marcha sino cuando el naturalista Rivero y Ustariz retornó al Perú y, en 1826, se puso a trabajar en él; Rivero estaba formado profesionalmente en los paises "punta" de la movilizada Europa de la Revolución Industrial. La idea del museo fue sin embargo perdiendo fuerza durante la incipiente República, que no encontraba más espacio político-económico que insertarse en el nuevo proyecto

colonial europeo, ligado a la revolución industrial, lo que relegó el interés por el museo a un último lugar en los presupuestos del Estado. Lo que quedaba del proyecto independentista del museo, fue desbaratado en 1881, cuando se produjo la invasión chilena de Lima. No había tampoco una capa social, como la de los empresarios europeos o norteamericanos, interesada en desarrollar este proyecto o con capacidad para conducirlo. Quedó en manos de algunos hacendados la formación de colecciones, que muchos de ellos vendieron luego a los museos europeos, pues no había ya en el pais un interés real por conservarlas. Es así como Uhle y sus contemporáneos pudieron conocer extensas colecciones como las del señor Centeno del Cusco, en el Museo de Berlín; en el Perú no hubiera tenido la misma oportunidad.[4]

Cuando Uhle inició sus trabajos en el Perú, a fines de siglo, no había pues un museo nacional y en realidad ni siquiera colecciones respetables de antigüedades peruanas, pues todas ellas se destinaban a la exportación, incluidas las falsificaciones que se hacían con el mismo fin. Uhle fue llamado, entonces, a formar este Museo Nacional en 1905, pero no sólo porque él estaba en el Perú, que ya fue una importante coincidencia, sino porque estaba naciendo una capa social con interés en afirmar su condición nacional frente al agresivo desarrollo del capitalismo nacido en la revolución industrial. Se estaba produciendo un cambio importante en la composición étnica de las capas con capacidad económica en el pais, con la presencia de italianos, judíos y europeos de varia procedencia; esto hacía peligrar la estabilidad de los sectores de poder que buscaban un proyecto aristocrático de la República, basado en los criollos que habían heredado una condición de propietarios de tierras desde tiempos coloniales o desde la independencia de España. A fines del siglo XIX, como parte de este proceso, se formaron la Academia Nacional de Historia y la Sociedad Geográfica de Lima; el presidente Morales Bermudes dió una ley para la protección del patrimonio histórico y arqueológico e incluso se intentó retomar el viejo proyecto del Museo Nacional con la intervención de naturalistas como Sebastián Barranca, pero no fraguó.

En 1905, coincidiendo con la concurrencia de una serie de intelectuales asociados a las nuevas capas de empresarios y la vieja de propietarios, el Presidente Pardo creó el "Instituto Histórico del Perú", que asumió, entre otras, la tarea de hacer finalmente un Museo nacional, que tuviera dos secciones: una de historia virreynal, en la que estaban especialmente interesados los antiguos propietarios, y una de "Arqueología y Tribus Salvajes", que se ocupaba de los restos pre-hispánicos y de los grupos étnicos supervivientes, especialmente los "salvajes"

---

[4] "La Historia del Museo Nacional", Manuscrito del autor entregado al Museo Nacional de Antropología y Arqueología en 1981 en relación al Nuevo Proyecto del Museo, Lima. Ver también Tello y Mejía Xesspe (1967).

de la selva. En esta sección estaban interesados los nuevos empresarios. Esta doble vertiente de intereses tuvo su expresión más definida en la formación de las tendencias "hispanista" e "indigenista" que estaban en pugna cuando Uhle radicaba en el Perú, aunque obviamente su expresión concreta se daba en el nivel económico y político, donde se avanzaba hacia una forma neofeudal de organización de la propiedad, para consolidar el proyecto aristocrático, mientras simultáneamente los nuevos empresarios "invadían" las ciudades y el campo con el comercio, el crédito, el monocultivo de los valles con plantas destinadas al mercado, etc.

Esa lucha envolvió a Uhle. El no era, por cierto, un indigenista, pero en términos de los conservadores radicales como Emilio Gutiérrez de Quintanilla[5] o incluso José de la Riva Agüero, la defensa que Uhle hacía del patrimonio indígena — lo que incluía su demanda que los objetos arqueológicos debían de protegerse y quedarse en el pais — así como su tesis de que había que rescatar el patrimonio indígena para el desarrollo del pais, lo convirtieron pronto en un enemigo más bien que en un aliado de los dirigentes del pais. Más adelante, sin embargo, ellos usaron las propuestas difusionistas de Uhle para sus propios fines. De cualquier modo, Uhle salió del Perú por eso, y con un sabor muy amargo gracias a las "cartas" con que jugaban sus adversarios. Su salida coincidió con cambios en la conducción económica y política del Perú, que ingresó a su etapa de formulación de un proyecto oligárquico, esta vez más comprometido con los Estados Unidos de Norteamérica. Los propietarios, en esta nueva etapa, formaron grandes colecciones de las antigüedades peruanas, aunque estos nuevos dueños de la tierra ya llevaban apellidos de origen inglés, alemán o italiano, a veces combinados con los antiguos de origen español y sus intereses giraban cada vez más en la órbita de los paises industrializados que en los de su antigua "madre patria" española, que sólo quedó como una afirmación de estatus. Se inició entonces la exaltación de los aborígenes de las épocas pasadas, creando un nuevo concepto de nacionalidad a la que se definió como "mestiza". El "indio" muerto, habitante de los museos, adquirió entonces un carácter romántico y paradigmático, que por cierto permitió definir a los "indios vivos" como una ex-

---

[5] Gutiérrez de Quintanilla intrigó contra Uhle hasta lograr que en 1911 el gobierno peruano no le renovara el contrato; este personaje preparó un calumnioso informe sobre la "ineptitud" de Uhle, a quien acusaba incluso de malos manejos económicos durante su trabajo en el Museo. En sus "Memorias", publicadas varios años después, se pueden leer algunas de estas acusaciones. Luego, él logró ser nombrado Director del Museo, cargo que mantuvo hasta su muerte, en la década del 30, tiempo durante el cual se dió tiempo también para intrigar y acusar a Julio C. Tello de lo mismo, lo que compendió en un libro que intituló "J. C. Tello, señor de Huarochirí, Manco Capac de la Arqueología Peruana". El defendía, desde luego, una barroca postura hispanista, nutrida de una exuberante ignorancia sobre el Perú.

presión debilitada y decadente de sus antepasados. Por eso, los alegatos de Uhle, en el sentido de que la cultura indígena estaba viva y debía tomarse de ella muchos de sus valores para desarrollar el pais, fueron rápidamente dejados de lado.

Max Uhle se formó como investigador en el campo de las ciencias humanas en la segunda mitad del siglo XIX, época en que se desarrollaban las más agresivas e influyentes deliberaciones en torno a los objetivos, las condiciones y los procedimientos de la investigación científica sobre el ser humano. Es la época en la que se definían las estudios sociales dentro de los términos positivistas de la ciencia, y se comenzaban a discutir las preocupaciones sobre los orígenes y el destino de los seres humanos fuera de los estrechos cánones de la filosofía especulativa. Los avances de las ciencias naturales habían creado un ambiente favorable a sus enunciados, configurando la convicción que la ciencia positiva era el único medio para entender y explicar la historia, lo que significaba mostrar pruebas objetivas de lo que se decía. Gracias a estos nuevos vientos, las viejas especulaciones evolucionistas habían visto reforzados sus postulados básicos con avances como los que proporcionó la geología histórica, que hacia 1830 había conseguido su formalización con la obra *Principles of Geology* de Charles Lyell,[6] disponiendo así de un procedimiento empírico con capacidad de mostrar evidencias sobre la sucesión de los seres a lo largo del tiempo; asimismo, la obra de Charles Darwin, *El origen de las especies,* que se publicó en 1859, proporcionaba una serie de pautas acerca de cómo probar la secuencia evolutiva de los seres vivos, con leyes tales como las de la "selección natural" y la "sobrevivencia del más fuerte".

En consecuencia, la Academia europea y la norteamericana estaban teñidas de una propuesta evolucionista de base, que por cierto se enfrentaba a la necesidad de explicitar la causalidad de los procesos evolutivos en términos positivistas. Por un lado se arguían causas internas derivadas de factores innatos de la condición humana, por tanto susceptibles de reproducirse universalmente sin necesidad de intervención externa ninguna; por otro, se enunciaban como resultado de influencias externas, tales como los contactos entre los pueblos o las condiciones del entorno geográfico. Estaba en debate, en realidad, la capacidad que tenían los seres humanos para crear sus propias formas de vida, o más precísamente: si la tenían todos o sólo algunos de ellos. De allí se derivaron propuestas explicativas sobre el papel de la geografía, como la que levantó Friedrich Ratzel hacia 1882-85 en oposición a las ideas de Adolf Bastian sobre la "unidad psíquica", o las del conde de Gobineau, que a mediados del siglo propuso claramente los términos de una explicación racista, biológica, de la conducta humana y su consecuente histo-

---

[6] Lyell, citado por Edward Harris en *Principles of Archaeological Stratigraphy;* también Lyell (1863). Uhle se refiere posiblemente a este último trabajo o a algunos de los artículos de Lyell publicados sobre el mismo tema en 1859, en sus conferencias en Quito (Uhle 1954: 58).

ria. De una u otra forma, los términos del debate apuntaban hacia el concepto "raza" como núcleo duro de la teoría, el que sólo más tarde fue desplazado por el concepto "cultura". Es importante, para estas reflexiones, recordar que en Alemania la palabra — que procedía de "culture", expresión francesa ligada al agro y los agricultores — se aplicaba para describir las costumbres de poblaciones campesinas, en contraste con las sociedades urbanas "más avanzadas", a las que se examinaba a partir de la categoría "civilización". Esto era así hasta mediados del siglo XIX, cuando el etnólogo alemán Gustav Klemm — que trabajaba como bibliotecario en Dresde — escribió su "Historia General de la Cultura de la Humanidad", dándole una connotación descriptiva de rango más amplio (1843-52 y 1855). Sólo algunos años después, en 1871, el inglés Edward Tylor inició su uso "formal" en el campo de la Etnología de habla inglesa, que abandonó desde entonces el concepto "raza" como expresión totalizadora de la conducta humana, refiriéndola sólo al campo de la configuración física de los seres humanos (Trigger 1992: 156). La existencia académica de Uhle se inició pues dentro de este marco de referencia, y no cabe duda que él estaba en el centro del debate, pues sus opciones teóricas están claramente comprendidas dentro de esos términos.

Si bien el trato directo de Uhle con los asentamientos peruanos se inició en 1896, en Pachacamac, es necesario destacar que ya tenía muchos años de contacto con materiales peruanos, aun antes de su viaje a Sudamérica. Gracias a su estancia en Berlín, había examinado las colecciones que Centeno había reunido en el Cusco,[7] lo que le permitió aproximarse al estilo Inka; asimismo, estudió los materiales de Stübel sobre Tiahuanaco (Uhle y Stübel 1892), lo que le dió conocimiento sobre este estilo, diferente al del Cusco. Conocía la obra que Wilhelm Reiss y Alphons Stübel habían escrito sobre Ancón y tuvo un trato directo con las colecciones americanas que estaban llegando a Alemania, como las reunidas por Stübel, Reiss y Koppel, que dieron origen a un catálogo de dos tomos en Leipzig, en cuya elaboración participó (Rowe 1954: 3). Cuando estuvo en Bolivia, interesado en el estudio de las lenguas, que era su campo original de preocupación, disponía de la extensa obra de Ernst W. Middendorf, quien había publicado, entre 1890 y 1892, los seis volúmenes de su tratado sobre *Las lenguas aborígenes del Perú,* cuyo cuarto volumen sobre el aymara fue contrastando con la información directa de sus interlocutores locales.[8] Todo esto está contenido en el estudio que John H. Rowe (1954) hizo sobre la vida y obra de Uhle.

Creemos que es posible establecer cuatro y quizá cinco de las fases por las que pasó la vida académica de Uhle; la primera es previa a su trabajo en Pachaca-

---

[7] Uhle (1888), citado por Rowe (1954: 28).

[8] Middendorf (1890-91). Los cuatro primeros tomos son sobre el Quechua, el quinto sobre el Aymara y el sexto — publicado en 1892 — sobre el Muchik o Yunga.

mac en 1896; la segunda se inicia entonces, bajo contrato con la Universidad de Pennsylvania, y se prolonga hasta sus trabajos de 1904 y 1905 para la Universidad de California, con extensión hasta 1911, cuando terminó su participación en el Museo Nacional de Lima. La tercera fase está comprometida con su estancia en Chile y la cuarta con Ecuador. Una posible quinta fase es la de su retorno a Alemania en 1933, a los 76 años de edad, y las posteriores vicisitudes que emanan de las condiciones de la II Guerra mundial, hasta su muerte en 1944, a los 88 años. La primera fase fue ciertamente de preámbulo y acopio de información; la segunda, le permitió desarrollar su esquema sobre la arqueología peruana en los términos que se consideran fundacionales de esta disciplina; la tercera lo aproximó a la región meridional de los Andes, y la cuarta a la septentrional. Nuestras reflexiones son sobre su segunda fase y sus consecuencias en la obra de Uhle y su secuela peruana.

Los trabajos de Uhle en el Perú se iniciaron por casualidad en Pachacamac; sus intereses estaban en Tiahuanaco, proyecto que no pudo llevar a cabo. Sin embargo, Pachacamac le proporcionó el hilo conductor de sus trabajos en los Andes, dado que allí pudo resolver el tema de la precedencia del estilo de Tiahuanaco en relación al de los Inkas, con prueba empírica que se sustentaba en la superposición de tumbas y edificios. Encontró, además, un estilo que ubicó como intermedio entre ambos. Anteriormente, en el informe sobre los materiales de Stübel, estaba anunciada la precedencia de Tiahuanaco frente a los Inkas, pero se sustentaba en argumentos casi iguales a los que se usaban desde el siglo XVI, sin prueba objetiva verosímil. Después de Pachacamac, donde sí encontró pruebas arqueológicas tangibles, Uhle sólo pudo encontrar evidencias complementarias para la construcción de su esquema cronológico, de modo que toda su argumentación secuencial estuvo siempre girando en torno a estos hallazgos. La ampliación de la secuencia se derivó más bien de sus criterios sobre la historia del arte y su particular uso del principio de asociación. Se puede decir que Pachacamac fue su columna cronológica matriz. Terminado su trabajo de Pachacamac se fue a Philadelphia, donde escribió su único informe extenso publicado. Uhle escribió otro informe, entre 1901 y 1903 en California, sobre sus investigaciones realizadas entre 1899 y 1901, en los valles de Trujillo, Chincha, Ica y Pisco, y en Huamachuco y Huaytará, planeado para publicarse en 3 tomos por la Universidad de California, pero debido a dificultades en su traducción al inglés, no llegó nunca a editarse. Los manuscritos en alemán, de puño y letra de Uhle, y las partes traducidas de este informe, junto con sus libretas de apuntes y sus planos y fotografías, permanecen inéditos bajo la custodia del Ibero-Amerikanisches Institut de Berlín.

Cuando Uhle volvió al Perú, en su segundo viaje, en 1899, después de escribir su informe de Pachacamac, se fue de inmediato a Trujillo. Allí no encontró superposición equivalente a la de Pachacamac, pero aplicó su "columna matriz",

y utilizando un criterio de correlación, similar al que después derivó en la organización de los "períodos Horizonte", detectó que se reproducía allí la secuencia de Pachacamac, con Inka, Tiahuanaco y un estilo intermedio, pero aparecía además un cuarto estilo, al que propuso como anterior a Tiahuanaco, y por tanto lo consideró como pre- o proto-Chimú. Uhle ya conocía los estilos Chimú y Moche desde su estancia en Berlín. En Chanchán identificó la cerámica negra — Chimú — que además había reconocido en Pachacamac en asociación con las épocas más recientes y en la Huaca del Sol de Moche encontró cerámica similar a la que él llamó "Tiahuanaco" en Pachacamac, así como un estilo "Tricolor Geométrico" que correlacionó con formas post-epigonales encontradas en Pachacamac. Finalmente, como ha sido advertido por J. H. Rowe,[9] encontró una nueva evidencia de superposición con el hallazgo de unos fragmentos de estilo Moche adheridos a las paredes de las tumbas de estilo Tricolor, con lo que tuvo una prueba empírica de la precedencia de Moche en relación con esta fase "epigonal" de Tiahuanaco. Con estas cuatro etapas se completó el esquema cronológico que Uhle manejó desde entonces, es decir desde 1900 en adelante.

Su estancia en Trujillo no concluyó en el valle de Moche; se completó con trabajos en la vecina sierra de Huamachuco, donde él esperaba encontrar formas relacionadas con las que había identificado en la costa, dado que Uhle estuvo siempre preocupado por las relaciones entre sierra y costa en la configuración de las formaciones nativas de los Andes. Esto se advierte claramente en su aproximación a la explicación de las ocurrencias costeñas en los tempranos años de 1900 y 1901, cuando trabajó los valles de Chincha e Ica, en la costa sur. En conexión con ellos hizo el examen de Huaytará en Huancavelica, como parte de sus estudios sobre la ruta de contacto con el Cusco vía Tambo Colorado de Pisco. En un informe preliminar sobre Chincha, que él escribió en 1901 y que fue publicado por Kroeber en 1924, es notable la insistencia de Uhle en tratar de encontrar las conexiones serranas de todos sus hallazgos.[10] En realidad sus puntos de referencia eran Pachacamac y la sierra (Cusco y Tiahuanaco); constantemente se preguntaba si lo que estaba encontrando tenía o no origen en la sierra, mientras que en lo relativo a cronología y función de los asentamientos, su referente era siempre Pachacamac.

---

[9] Rowe, comunicación en Dresde, 3 de diciembre de 1994. Ver: Uhle (1913) respecto a sus hallazgos en Trujillo.

[10] Uhle (1924). Este informe es parte de las "cartas" que Uhle enviaba a su patrocinadora Sra. Hearst, informándole sobre el avance de sus investigaciones y que se guardaron junto a sus colecciones y catálogos en Berkeley. Estaba escrito en inglés, seguramente en una versión personal del propio Uhle; el original fue escrito en alemán y forma parte del informe final que se conserva en el Ibero-Amerikanisches Institut de Berlín, al que Uhle ha agregado nuevos párrafos y páginas, así como eliminado algunos.

Más adelante, al estudiar la costa sur, entre 1900 y 1901, sólo incorporó el nuevo estilo Nasca como otro estilo costeño precedente a Tiahuanaco, reproduciendo la secuencia de Trujillo. Entonces volvió a los Estados Unidos, esta vez a California, para organizar las colecciones en Berkeley y redactar los informes de las campañas realizadas. Esta nueva estancia puso a Uhle en contacto directo con Alfred Louis Kroeber y la corriente de pensamiento boasiano que estaba ya tomando forma en Norteamérica; pero le permitió también ingresar en un campo nuevo de las excavaciones arqueológicas, al participar activamente en el examen de unos depósitos estratificados de conchas en el asentamiento costero de Emeryville en California, en una etapa en la que recién se estaban haciendo estudios estratigráficos en ese pais.[11] Por esa causa, a su retorno al Perú, como parte de la Segunda Expedición de la Universidad de California, fue directamente a Ancón para estudiar los concheros que allí existían. Su trabajo en este sitio le permitió descubrir un nuevo estilo que, conforme a su sistema, ubicó como pre-Tiahuanaco y, entonces, contemporáneo con Nasca y Moche, pero que, a diferencia de éstos, mostraba rasgos que en su concepción debían ser más "primitivos". El concepto de "primitivo" en Uhle, tal como lo explicita en sus conferencias sobre metodología en la Universidad Central de Quito en 1923-24, tenía una fuerte connotación evolucionista de corte biologista, pues explicaba que la condición primitiva de los aborígenes de Arica "indican una cierta inferioridad y también una gran antigüedad de esta raza" debido al grosor de sus paredes craneales y las proporciones de sus huesos.[12] En estas conferencias señalaba que el soma que estudiaban los antropólogos podía servir a los arqueólogos para probar posibles orígenes y migraciones. Parece claro que sus conceptos acerca del comportamiento humano estaban cruzados con los de raza. Esto debe haber influido en sus trabajos en el campo, donde prestaba poca atención a los restos físicos humanos, con excepción de los cráneos, que en aquel entonces eran el principal recurso para el diagnóstico de las razas, aparte del color de la piel y otros aspectos poco frecuentes en el registro arqueológico.

El estudio de los "kjoekkenmöeddings" de Ancón[13] no proporcionó evidencia estratigráfica de ningún tipo y Uhle hubo de continuar con el estudio de las sepulturas, como lo había hecho desde 1896. Luego pasó a estudiar Chancay y finalmente Supe, Lima y algo de Cusco y Nasca. En sus excavaciones en Chan-

---

11 Uhle (1907). Este trabajo de Uhle está considerado entre los pioneros sobre los procedimientos de examen de sitios estratificados en los Estados Unidos (Trigger 1992: 120).

12 Uhle (1954: 60). Traducción de John H. Rowe de las "Conferencias" que Uhle dió en la Universidad de Quito en 1923 y 1924 y publicadas en los *Anales* de la misma un año después.

13 Uhle (1906ab). El uso de categorías propias de la arqueología escandinava, como el de los "montículos de concheros" que Uhle usó en el Perú, debe suponer que tenía conocimiento de esta tradición científica, que tuvo su "punta" en los trabajos de J. A. Worsaae.

cay, según ha sido advertido por Rowe,[14] encontró la intrusión de una tumba sobre otra, lo que usó como argumento cronológico para fijar la antigüedad de la cerámica polícroma de Chancay, que él correlacionaba con la de Nasca. Aquí concluye su programa de excavaciones extensivas, que consistía en ubicar un sitio asociado a cementerios en un valle, con una exploración complementaria en el entorno, especialmente hacia el interior, en las serranías inmediatas. Entre 1906 y 1911, cuando Uhle estuvo a cargo del Museo Nacional del Perú, sus trabajos tuvieron un carácter complementario de todo lo que había avanzado hasta entonces. Los materiales extraidos en este tiempo se conservan parcialmente en los fondos del Museo Nacional de Antropología y Arqueología de Lima y hasta el momento sólo se han examinado, por Marcelo Rios y Enrique Retamozo,[15] los que proceden de sus excavaciones en la isla de San Lorenzo, frente a Lima.

Los efectos del trabajo de Uhle fueron inmediatos tanto en el ambiente académico norteamericano, como en el del Perú y Europa. Se comenzó a hablar de una historia de larga duración en el Perú, con una serie de fases antecedentes del inkario, partiendo de pruebas arqueológicas que, sin embargo, no fueron otras, por muchos años, que las que el propio Uhle había reunido. El debate, que se había organizado en torno a las documentos españoles exclusivamente, dejó su lugar a un nuevo tema, sobre la procedencia u origen de las viejas manifestaciones culturales antecedentes. Uhle, después de 1901, frente a las condiciones de antecedencia del arte costeño de Nasca y Moche, que no aparecían con antecedentes locales tangibles, organizó una explicación difusionista de estos estilos. Dado que encontraba ciertas semejanzas muy groseras con el arte Maya, que según él era la manifestación más desarrollada de la civilización americana, propuso, con progresiva insistencia y vehemencia, que las civilizaciones más antiguas o "protoides" procedían de las tierras mayas. Las secuencias en sí mismas, pasaron a un segundo lugar en sus preocupaciones. Fue una pauta en los estudios de otros investigadores, quienes, con raras excepciones, se dedicaron a trabajar en torno al origen y procedencia de las culturas, hasta bien avanzada la década del 40.

Uhle no formó discípulos ni condujo una escuela en los paises andinos. Los arqueólogos de la Universidad de Berkeley que intervinieron en el examen de sus colecciones, bajo la dirección de Alfred L. Kroeber, tanto Strong como Gayton u O'Neale, siguieron las pautas de una corriente que no fue generada por Uhle, sino por el propio Kroeber, más bien afirmadas en los postulados de Franz Boas. Aunque asumieron varias de las propuestas explicativas de Uhle, las modificaron

---

[14] Comunicación en Dresde, diciembre 1994.

[15] Ríos y Retamozo (1987). Para la referencia sobre los trabajos de Uhle entre 1906 y 1911, ver Rowe (1959).

en virtud de los alcances positivistas de sus propios enunciados, de acuerdo con el avance de los conocimientos arqueológicos que ellos mismos u otros se encargaron de desarrollar. En el Perú, Eugenio Yacovleff (1933-34) y Jorge C. Muelle (1937, 1949) hicieron algunos alcances apoyando las ideas del Dr. Uhle, siguiendo principios ligados a la historia del arte, en términos más o menos próximos a los suyos, pero no tuvieron influencia mayor, debido a la carencia de información arqueológica de sustento. Los demás, fundamentalmente historiadores o sintetizadores, se limitaron a reproducir o discutir, de manera no siempre enterada, las conclusiones de Uhle sobre el origen de la civilización y la secuencia de las culturas.

Pero la presencia de Uhle en la arqueología peruana no se agota en el debate de sus conclusiones, ni en quienes las aceptaron o rechazaron. Es más, hasta hoy es vigente la secuencia de base que organizó en Pachacamac y Moche, con agregados de nuevas fases y con divisiones internas de diverso origen. Las otras consecuencias tocan con los términos que Uhle introdujo sobre la teoría de la ciencia en el campo de la investigación del pasado mediante la consulta con testimonios arqueológicos. Aun cuando se señala que Uhle era poco adicto a la teoría, el examen de su obra muestra un investigador fuertemente adherido a un conjunto de preceptos ontológicos muy firmes y con una metodología derivada de ellos. Uhle no era un empirista caótico, y si bien sus procedimientos no siempre estaban ajustados a todos los principios epistemológicos que prometía, su trabajo denuncia un orden coherente con una posición teórica que mantuvo al parecer desde antes de llegar a América y que enriqueció a lo largo de su permanencia en el campo y sus eventuales visitas a los Estados Unidos de Norteamérica, pero que no alteró sustantivamente. John H. Rowe señala, y con razón, que después del año 1904, coincidente con un grave accidente que tuvo en sus excavaciones en Huaral Viejo, en el valle de Chancay, hubo un cambio de actitud en él, consistente en un cierto descuido en el rescate de los datos de campo y el manejo de la información empírica (1954: 10). Es del todo posible que su salud decayera y lo hiciera menos proclive al rigor y la disciplina que exige la empiría.

John H. Rowe ha hecho una síntesis magnífica de su pensamiento teórico, si bien él sostiene que Uhle tenía poco interés por la teoría (1954: 19). Es posible que así fuera en términos explícitos, como ocurre con los investigadores que adhieren a una posición positivista, que en sus extremos sostiene que un científico debe aproximarse a la realidad sin ninguna presunción teórica. Además, Uhle, como la mayor parte de los investigadores de su tiempo, era un evolucionista; es decir, partía de un supuesto teórico que asumía como principio casi axiomático, sobre el ordenamiento de los pueblos en diversos niveles de complejidad, en donde las formas más simples debieran ser necesariamente antecedentes de las más complejas, de modo que cuando se encontraba una formación social concebible

como compleja, era menester suponer que tenía antecedentes u orígenes en formas más simples.

Pero Uhle era de los evolucionistas que no participaban de la explicación autóctona de los cambios; en sus charlas de Quito fue tajante en recusar el argumento de los paralelismos culturales como prueba de la "unidad psíquica" de la especie humana (1954: 69) y por tanto estaba en contra de las tesis de Bastian, y más bien próximo a las de Sir Flinders Petrie, quien "al tratar el desarrollo prehistórico de Egipto, explicaba todo cambio cultural en términos de migraciones en masa o bien de la llegada de pequeños grupos que trajeron consigo el cambio cultural al mezclarse cultural y biológicamente con las poblaciones existentes. Petrie no contemplaba ninguna posibilidad de cambio cultural significativo sin que fuese acompañado de un cambio biológico" (Trigger 1992: 149). El libro de Petrie sobre *Métodos y procedimientos en la arqueología* fue un manual con el que Uhle en 1923, y posiblemente antes, estaba identificado y, de algún modo, sus conferencias en Quito estaban situadas dentro de los términos metodológicos propuestos por el egiptólogo, que fue sin duda uno de los grandes innovadores en la arqueología mundial (Petrie 1904).

Su explicación de los cambios partía de una base evolutiva biológica; Uhle sostenía que todas las formas de vida están sujetas a leyes de evolución que establecen que unas derivan de otras, en un orden evolutivo necesario, apareciendo sucesivamente en el tiempo y luego expandiéndose en el espacio, cambiando y perfeccionándose de modo contínuo para adaptarse cada vez mejor a su ambiente. Esta sucesión puede seguirse en la naturaleza mediante procedimientos inductivos. Las formas de vida, dice, aparecen como formas estables; ellas cambian sólo gradualmente, aunque las fuerzuas internas cambian siempre activamente. La apariencia de estabilidad es estrictamente fenoménica y se debe exclusivamente a nuestra limitada capacidad de observación. El cambio contínuo es la ley fundamental del mundo. Dice que lo que es válido para las formas de vida, lo es igualmente para los productos del arte o de las ideas. Participa pues de una ontología de base materialista, muy propia del positivismo, en sus enunciados generales sobre la naturaleza de la conducta humana, aun cuando deriva hacia enunciados idealistas al señalar que el proceso de cambio deriva fundamentalmente de la difusión de conceptos, como los que puede rescatar la historia del arte.

Uhle, para desagregar los elementos de la conducta con fines arqueológicos, trabajaba con "tipos culturales", que son unidades formadas por uno o varios elementos integrados entre sí, de modo que tienden a preservarse unos con otros frente a las exigencias internas y externas de cambio. Eso deriva en el supuesto básico que en la conducta humana existe inercia o resistencia frente a los cambios, pese a lo cual las influencias dinámicas externas o internas le llegan a afectar. El cambio se produce con pequeñas variaciones involuntarias, lentamente y sin brusquedades, cuya acumulación genera modificaciones constantes imperceptí-

bles para sus conductores. Consecuentemente, no hay creaciones de la nada, nada es nuevo de forma total: cada nueva forma, tipo u ornamento tiene algún antecedente. Esta noción del movimiento y el cambio, que aparece igualmente como un enunciado tipo-ley, le permite concebir una teoría del proceso histórico que asume la inercia intrínseca de los tipos culturales, afectada por cambios graduales necesarios operativos en términos de su potencial adaptativo al medio, pero sujetos a todas las alternativas causales posibles, con lo cual la causalidad puede ser producto de la casualidad, tal como ocurre por los contactos entre pueblos. Sin duda, no es la empiría que lo condujo a este sistema de pensamiento, dado que está a tono con el discurso teórico de su tiempo en todas sus partes; es respuesta y propuesta en términos ontológicos y epistemológicos. Su práctica arqueológica tenía por objetivo encontrar las pruebas de sus supuestos teóricos, pero no cumplía con el precepto positivista de convertir la práctica en recurso de contrastación de la teoría, sino sólo como instrumento de validación, lo que a su vez era una pauta generalizada en el tramo inicial de la ciencia positiva en el campo de la historia, que entre otros argumentos acudía a la condición "ex-post-facto" de los fenómenos históricos y la impracticabilidad del recurso experimental de las ciencias naturales.

Uhle transitaba por ese sendero desde sus inicios, como muchos de sus contemporáneos. Esto incluye su reclamo de una actitud científica en los procedimientos: según él los buenos métodos se derivan de la observación y de las leyes relevantes que delimitan el objeto de estudio. Para eso debía disponer de una teoría de la observación que hiciera posible traducir en datos históricos los restos arqueológicos tal cual él los encontraba, ya sea en el campo como en los museos. Su teoría sobre la realidad, que concebía al ser humano como una forma de la materia, se presentaba débil, sin embargo, cuando transitaba al campo de la teoría de la observación. Su debilidad estribaba, a nuestro entender, en la falta de un recurso teórico capaz de ligar su concepción sobre la materia y el movimiento, con los aspectos sociales o extra-somáticos que constituyen el núcleo duro de la conducta humana. Su concepción organicista de la conducta no incluye una explicación de la fenomenología de los hechos sociales. Tampoco estaba madura en su tiempo una teoría sobre esta esfera de la realidad, aun cuando era el tema central del debate. Por tanto, cuando trata con los fenómenos de la conducta social, que reduce a "tipos culturales", los considera como equivalentes a los fenómenos de orden natural pese a estar originados en la multiforme esfera de las conductas singulares, de donde nace una gran rigidez en el examen de sus formas, nexos y movimiento.

Rowe (1954: 19) ha hecho ya un examen de los elementos que organizan la teoría de la observación con que Uhle abordó sus investigaciones. En un primer nivel, señala que Uhle usaba la teoría como un instrumento para investigar los hechos, pero no usaba los hechos para contrastar la teoría, lo que sin duda ubica

a Uhle en su debilidad más aguda frente a la ciencia positiva. Sus condiciones de contrastación no están expuestas en sus trabajos, como tampoco lo están sus hipótesis. Del positivismo toma Uhle la relación general entre enunciados y hechos, tomando los hechos como prueba de los enunciados, pero no contempla la consigna positivista que señala que los hechos pueden trastornar los enunciados.

En un segundo nivel, Rowe destaca las premisas epistemológicas de Uhle, que tienen enunciados tipo-ley que él usó como principios-puente, según la jerga neopositivista. Uno fundamental fue el principio según el cual existía una relación secuencial de tipo universal en las obras de arte, que partiendo de las representaciones simples, que son una suerte de copia de la naturaleza y por tanto figurativas o representacionales, derivan progresivamente en una versión compleja, sometida a sucesivas abstracciones, hasta llegar a formas geométricas. Esto es coherente con las premisas evolucionistas de su discurso, y es sin duda el principio-puente más importante para el sustento de sus inferencias cronológicas y corológicas, dado que un principio ordenador de tipo general — como la evolución de los estilos — puede servir directamente para organizar los restos arqueológicos. De este modo, podía pre-establecer que no existiendo los antecedentes del proceso de abstracción de determinados estilos en un lugar dado, éstos "debían" estar en otro lugar. Esto hace que no sean metodológicamente arbitrarias sus inferencias respecto al origen de los estilos peruanos cuyos antecedentes no podía encontrar allí mismo. Los debía buscar en otra parte, lo que es una típica debilidad del empirismo. Eso hace posible, por ejemplo, asumir que determinados elementos de decoración, como las volutas, sirvan de indicio para establecer las relaciones genéticas del arte antiguo peruano con el de los mayas.

Sería injusto quedarse en este punto al tratar el tema de las contribuciones de Uhle a la formación de la disciplina arqueológica en el Perú. Pese a que aparece tan controvertido su discurso en nuestro tiempo, introdujo la noción del que hacer científico en el trato de los temas históricos, abrumados por la especulación y la arbitrariedad de la prueba basada en la razón o los decires de los cronistas y los maestros. Lo evidente para sus contemporáneos era lo que la empiría probaba y Uhle se convirtió en una fuente de datos para ese tipo de prueba. La usaron incluso sus adversarios como Julio C. Tello, quien para afirmar su tesis sobre la precedencia de Chavín frente a las culturas del Perú antiguo, la hubo de sustentar identificando "Chavín" con lo que Uhle había encontrado en los depósitos de Supe y Ancón y que el mismo Uhle consideraba como muy antiguo. La falta de un examen epistemológico de sus propuestas hacía difícil rebatir sus conclusiones, todas ellas sustentadas aparentemente en objetos, estilos, monumentos, analogías concretas, etc. Se discutía la empiría o los alcances de las conclusiones de ella emanadas, pero no eran objeto de debate la ontología y el método, en donde la empiría adquiría la condición de argumento.

Nos queda por comentar la empiría misma, que también ya es tema que fue abordado críticamente por Rowe; no vamos pues a repetir lo que él ya advirtió, sino lo que esta empiría implica en términos de sus contribuciones a la formación de una teoría de la observación en la arqueología peruana. Uhle partía de una concepción dada de los principios de asociación, superposición, correlación y recurrencia, así como de una noción del objeto arqueológico como testimonio histórico. Eso le permitía aplicar una serie de criterios clasificatorios y analógicos en el nivel operativo, que por cierto estaban conectados con la teoría sustantiva en todas sus instancias. De algún modo, su explicitación puede ayudar a entender su trabajo en el campo y su tratamiento de los objetos, más allá de la interpretación a la que podía llegar a partir de ellos.

Su noción "objeto arqueológico" no estaba aún configurada dentro de los términos del principio de asociación, que lo definen como un contexto con capacidad informativa sobre diversos aspectos de la actividad social. La asociación, para Uhle, estaba ligada sólo al concepto de "unidad de coetaneidad", de modo que aparte de reconocer que las tumbas que estaba excavando eran tales, es decir sepulturas, lo que se encontraba en ellas eran solo objetos que habían sido depositados juntos en un momento dado y, por lo tanto, eran contemporáneos. No era una unidad arqueológica socialmente significativa, con capacidad de informar sobre costumbres, condiciones, u otros rasgos de una población concreta. De esta noción se deriva que en sus excavaciones no atendiera el registro de los contenidos de las tumbas en términos de la agregación y distribución de sus componentes, conservando solamente los "lotes" de objetos para poderlos identificar como coetáneos. Así pues, su noción de "objeto arqueológico" estaba ligada a los objetos en particular, por lo que cada uno podía ser tratado de modo independiente. Eso le permitía la posibilidad de someterlos a un tratamiento analógico con prescindencia de sus nexos históricos concretos, lo que hacía posible derivar consecuencias genéticas para rasgos aislados de objetos particulares, criterio que hacía posible probar sus premisas difusionistas.

De otro lado, su noción de estratigrafía, que seguía la ley general de superposición enunciada por Charles Lyell, sólo reconocía el principio de la sucesión de los eventos según la secuencia deposicional de los objetos, lo que de algún modo era lo que todos los arqueólogos concebían en aquel tiempo como "estratificación", sin tener en cuenta la naturaleza de los procesos deposicionales. Esto le permitió establecer su primera y fundamental prueba empírica de alcances cronológicos, en Pachacamac, pero debido a su noción de "objeto arqueológico", no buscó en las deposiciones efectivamente estratificadas, nuevas pruebas para su secuencia, pese a que en California ensayó la excavación por niveles superpuestos y tanto en Ancón como en Supe estuvo frente a depósitos igualmente estratifica-

dos. Sin embargo, como ha sido advertido por Rowe,[16] detectó al menos tres formas de superposición: la primera, en Pachacamac, relacionada con niveles deposicionales diferenciados físicamente por eventos constructivos conducidos en distintos momentos, donde aparecían unas tumbas sobre las cuales se había levantado edificios posteriores; la segunda, en Moche, donde la matriz de una tumba había sido excavada dentro de un terreno que al contener material de origen antrópico, implicaba que la tumba era necesariamente posterior al grupo social responsable de la previa utilización de ese terreno; y, la tercera, en Chancay, que reconocía como posterior a una tumba cuya matriz aparecía como intrusiva en una que, por lo tanto, debía ser necesariamente precedente. En los dos últimos casos, la superposición está asociada al reconocimiento de las alteraciones provocadas por la excavación de fosas para las tumbas, es decir en el ámbito de las interfaces más bien que en la formación deposicional, y de algún modo el primer caso lo es también. Esto determina que los argumentos arqueológicos basados en el principio de superposición se limiten a dar cuenta de diferencias temporales, sin que haya posibilidad de derivar de ellos otras consecuencias, como las que nacen de las entidades deposicionales generadas en viviendas, áreas de actividad productiva, etc.

Uhle, de otro lado, en sus exámenes, si bien usó de la "estratigrafía" para establecer diferencias temporales, en el núcleo de sus trabajos desplazó los alcances del principio de superposición por los del principio de recurrencia, en donde cada objeto, en función de sus atributos formales, podía ser segregado como una unidad que por recurrencia se atribuía a conjuntos de coetaneidad, de modo que aquellos que no estaban incursos dentro de los grupos o tipos así constituidos, debían ser concebidos como de distinto tiempo si coexistían en un mismo territorio. La recurrencia le permitió establecer agrupaciones mayores que él configuró como "estilos" o "culturas", que son la instancia más compleja de su trabajo. Los indicadores más importantes fueron siempre los formales, o más explícitamente los estilos. Es criterio de forma fue sin duda su apoyo eurístico más significativo, dejando los criterios de producción y función para la esfera interpretativa, cuando los usó. Estos últimos fueron aplicados por Uhle principalmente en la descripción de los edificios, resolviendo la función por analogía transductiva y la producción por inferencia deductiva. De cualquier modo, estos criterios no estaban articulados en el nivel de estructura que implican, y por lo tanto podían usarse, como fue en efecto, sin relación entre sí. De allí se deriva que no fuera posible usarlos como soporte en el examen de las condiciones concretas de las sociedades en estudio, de modo que sólo servían como recurso descriptivo y tal vez como confirmación de la explicación difusionista resuelta por analogías singulares.

---

[16] Conferencia en Dresde, diciembre de 1994.

Finalmente, el principio al que más constantemente acudió fue el de correlación, también definido originalmente por los geólogos, con el que se aproximó a la noción de "Horizonte" que ayudó positivamente a la formación de un esquema orgánico de la historia pre-colonial de los Andes centrales. El uso de este principio por Uhle partió del reconocimiento arqueológico del imperio de los Inkas a partir de la identificación de algunos tipos diagnósticos del estilo cusqueño, que él pudo constatar que se encontraban dispersos en el área atribuida a su expansión; se extendió luego, aunque de modo menos preciso, al reconocimiento de una presunta expansión del estilo Tiahuanaco, que identificó en algunos objetos de Pachacamac y más tarde en otros sitios de la costa. Aplicando criterios analógicos, estableció, por correlación de rasgos estilísticos, dos etapas-clave en la secuencia histórica del Perú. Este principio fue sin duda fundamental en el trabajo de Uhle, quien lo llevó hasta extremos mayores en virtud de las necesidades de su posición teórica, llegando, por analogía, a correlaciones incluso extracontinentales al final de su vida. Pocos arqueólogos siguieron explícitamente estas premisas y criterios y los que lo hicieron no necesariamente los derivaron del conocimiento de la obra de Uhle.

La secuela del trabajo de Uhle en el Perú fue la introducción de la arqueología como forma de construir la parte de historia que no cuenta con documentos. Los antecesores de Uhle trabajaron fundamentalmente con la fuente documental procedente de las informaciones transmitidas por los cronistas, lo que ofrecía una descripción casi exclusivamente referida a los Inkas, con inferencias históricas deducidas sin más probanza que el ingenio del razonamiento. El mundo indígena era históricamente plano, sin más profundidad que las que las especulaciones le podían conceder. Uhle introdujo un procedimiento para probar la historicidad de los procesos y organizó el primer esquema de esa historia, con calidad suficiente como para tener vigencia hasta nuestros días. Sus enunciados ontológicos y su epistemología han dejado de ser vigentes, pero la empiría que dió origen a su secuencia mantiene la vigencia que toda empiría contiene y que en última instancia es el legado más importante de Max Uhle, aun cuando quedan por examinar las consecuencias de muchas de sus propuestas, de base igualmente empírica, que si bien no atañen directamente al método arqueológico, son también importantes, como aquellas que destacan el papel de los procedimientos nativos en el manejo de las condiciones concretas de desarrollo en el territorio de los Andes.

Bibliografía

Klemm, G. F. (1843-52): *Allgemeine Cultur-Geschichte der Menschheit.* 10 vols., Leipzig: Teubner.

— (1855): *Allgemeine Kulturwissenschaft.* Leipzig: L. A. Romberg.

Lyell, Charles (1863): *The Geological Evidences of the Antiquity of Man, with Remarks on Theories of the Origin of Species by Variation.* Londres: John Murray.

Middendorf, Ernst W. (1890-91): *Die einheimischen Sprachen Perus.* 6 vols., Leipzig: F. A. Brockhaus.

— (1893-95): *Peru. Beobachtungen und Studien über das Land und seine Bewohner während eines 25jährigen Aufenthaltes.* 3 vols., Berlin: R. Oppenheim [Traducción al castellano, publicada por la Universidad de San Marcos, Lima 1974].

Muelle, Jorge C. (1937): "Filogenia de la Estela Raimondi." En: *Revista del Museo Nacional,* 6.1: 135-150, Lima.

— (1949): "El estudio de los objetos artificiales." Tesis para optar el grado de Doctor en Letras y Filosofía, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima (490 pp., inédita).

Petrie, W. F. M. (1904): *Methods and Aims in Archaeology.* Londres: Macmillan.

Ríos, Marcela, y Enrique Retamazo (1987): *Objetos de metal procedentes de la Isla de San Lorenzo.* Lima: Museo Nacional de Antropología y Arqueología (*Arqueológicas,* 18).

Rivero, Mariano E. de, y Johann J. von Tschudi (1851): *Antigüedades Peruanas.* Viena: Imprenta Imperial de la Corte y el Estado (Edición simultánea en inglés).

Rowe, John Howland (1954): "Max Uhle, 1856 - 1944. A Memoir of the Father of Peruvian Archaeology." En: *University of California Publications in American Archaeology and Ethnology,* 46.1: 1-134, Berkeley.

— (1959): *Cuadro cronológico de exploraciones y descubrimientos en la arqueología peruana, 1863 - 1955.* Lima: Museo Nacional de Antropología y Arqueología (*Arqueológicas,* 4).

Squier, Ephraim George (1877): *Peru: Incidents of Travel and Explorations in the Land of the Incas.* New York: Henry Holt and Co. [Traducción al castellano, editada por la Universidad de San Marcos, Lima 1974; simultáneamente en Cochabamba].

Tello, Julio C., y Toribio Mejía Xesspe (1967): *Historia de los museos nacionales del Perú (1822 - 1946).* Lima: Museo Nacional de Antropología (*Arqueológicas,* 10).

Trigger, Bruce G. (1992): *Historia del pensamiento arqueológico.* Barcelona. Editorial Crítica.

Uhle, Max (1988): "Die Sammlung Censeno [sic] befindet sich in Berlin!" En: *Internationales Archiv für Ethnographie,* 1.6: 234-235, Leiden.

— (1906a): "Bericht über die Ergebnisse meiner südamerikanischen Reisen." En: *Internationaler Amerikanisten-Kongress,* Stuttgart 1904, vol. 2, pp. 567-579, Stuttgart—Berlin—Leipzig.

— (1906b): "Los 'kjoekkenmöeddings' del Perú." En: *Revista Histórica,* 1.1: 3-23, Lima.

— (1907): "The Emeryville Shellmound." En: *University of California Publications in American Archaeology and Ethnology,* 7.1: 1-106, Berkeley.

— (1913): "Die Ruinen von Moche." En: *Journal de la Société des Américanistes des Paris*, n.s., 10.1: 95-117, Paris.
— (1924): "Explorations at Chincha." Ed. por A. L. Kroeber. En: *University of California Publications in American Archaeology and Ethnology*, 21.2: 55-94, Berkely.
— (1954): "The Aims and Results of Archaeology." Appendix A en Rowe (1954: 54-100).
Uhle, Max, y Alphons Stübel (1892): *Die Ruinenstätte von Tiahuanaco im Hochlande des alten Peru. Eine kulturgeschichtliche Studie auf Grund selbständiger Aufnahmen.* Leipzig: Karl W. Hiersemann.
Wiener, Charles (1880): *Pérou et Bolivie. Récit de voyage, suivi d'études archéologuques et ethnographiques et des notes sur l'écriture et les langues des populations indiennes.* París: Libraire Hachette et Cie. [Traducción al castellano, publicada por el Instituto Francés de Estudios Andinos, Lima 1993].
Yacovleff, Eugenio (1933-34): "Ubicación cronológica del estilo Chavín." En: *El Comercio*, 8-XII-1933 y 21-I-1934, Lima.